

972.07
S.

PQ7297
S2
D4
v.3



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA ALFONSO XIII
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE VES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta y Litografía de Henrich y C.^a — Barcelona, Calle de Córcega.



LA REFORMA

CAPÍTULO PRIMERO

Desertores



Si odisea llamaría un pedante á aquella larga serie de idas, venidas, vueltas, escondimientos, entradas, salidas, disfraces y cambios. Quizás algún día referiré despacio todas esas cosas, que por cierto no son las menos graciosas de mi vida.

A principios de Mayo salimos de México entre filas y sirviendo como soldados rasos en las tropas conservadoras, todos los oficiales que habíamos escapado en Tacubaya. Junto á mí, cargando también la mochila y el fusil, marchaba el viejo Chavarría, el profesor de gimnasia que como yo había librado la vida en aquella jornada horrosa.

Iba Chava con la frente enhiesta, la mirada fija, el

paso marcial y sin dar señales ningunas de fatiga; era, para quien le hubiera visto, un buen recluta que no tardaría en coser á la bocamanga las cintas, las espiguillas, y quizás las charreteras.

Marcando el paso y haciendo como que no me hablaba, me dijo entre dientes:

— No se aflija, amigo, ni le duela el camino, que al fin este dura poco.

— ¡Pero si no me aflijo, mi jefe!

— Pele bien el tomate, porque hay que desglosarnos ahora mismo; al fin no hemos dado palabra ni estaríamos obligados á cumplirla aunque la hubiéramos dado.

El primer día tuvimos que caminar cargando el chopo en medio de un sol abrasador. La tierra era de ascuas, el ambiente de plomo, los contados árboles del camino daban una sombra raquítica que aumentaba el calor en vez de aliviarlo, y el agua verde de las zanjas y los baches cegaba con su reverberación dolorosa.

Los soldados caminaban en grupos ó aislados; pero ya no alegres, dicharacheros é inconscientes, sino tristes, meditabundos y sin humor. Llegaban á la orilla de un vallado, se quitaban los huarachis, se fricciónaban los pies, comían algún trozo de *gorda* que llevaba la vieja tutelar, y seguían despacio y sin aliento hasta alcanzar á los compañeros.

Los oficiales, con el paño de sol en la nuca, el caballo

con la rienda floja y el paso á su albedrío, iban viendo aquellas muestras de fatiga, pero sin azuzar mucho á la gente, creyendo en una desbandada.

A la hora del rancho, el cuadro se compuso un poco, y empezaron las chirigotas y los dicharachos.

— Tú, Coyota, le decían á un soldado, ¿quieres darme tu *peazo e carne*?... al fin que traes las bolsas llenas de onzas que le *quitates* al roto de Tacubaya la mañana de los trancazos.

— Seré como tú, que andas desvistiendo muertos á media noche, tanto que hasta te han puesto por mal nombre el *Sepulturero*...

— ¿Y á ti por qué te dicen la Coyota?

— ¿Y á *onde* vamos *ora*?

— Pos á Guadalajara; ¿á dónde había de ser? ¿No ves que dejamos allá apenas mil hombres?

— ¡Ah, qué la chicharronera! Yo no quisie á volver á batirme con la chinaca del Sur, que es más mala que el no comer.

— ¡Ya verás cómo nos reciben las muchachas tapatías y qué fiestas nos hacen!

— ¿A nosotros? Pa el general y los jefes habrá aquello de «Al salvador de la sociedad», y «Al vencedor de Tacubaya y de tal parte y de tal otra» y «Al dino ejército de las garantías»; pa nosotros banco e palos, no pagarnos, y si á mano viene, cuatro tiritos por la espalda.

— Eso sí; el burro ha de seguir cargando *unque* las blusas *trunfen* ó *trunfe* la conserva.

— Y el que es perico, onde quera es verde.

— ¿Pa qué es más que lo cierto?

Cuando pasó el bochorno de la tarde, seguimos la caminata y acampamos poco más allá de Nochistongo.

— A la una de la mañana, me dijo Chavarría, la emprendo; si quiere venirse, no más sígame.

Los soldados se entretuvieron cantando, bebiendo y jugando á la vera del lugar que cada uno había escogido para pasar una mala noche. ¿De dónde salieron las tripas de refino, los jarros de pulque y los naipes? Díganlo las previsoras Hebes de zagalejo colorado, mandil de cambaya, saco de indiana, cara con media docena de chirlos, cabello escaso, ojos enrojecidos y manos que parecían garras de animal carnicero. Ellas caminaban precediendo á la tropa, siempre alegres, siempre atareadas y presurosas, é ignoro por qué medios; pero de seguro que eran malos, sacaban la gallina, la torta de pan, la media docena de huevos ó el *tapique* de calientes é incitantes tortillas.

Ellas, ángeles guardianes del soldado, lo mismo se exprimen el ingenio para dar de comer á su *Juan*, como se arriesgan entre las balas, vendiendo á peso de oro el aguardiente y el agua á los otros soldados, ó recorren el campo de batalla en las noches lóbregas para desvalijar á los difuntos y á los heridos; y casos se han dado en que un

sorbo de agua oportunamente escanciado por *galleta* compasiva, ú operación quirúrgica oportuna como la de amputar un dedo para arrancar viejo tumbagón, hayan restituído el aliento á quien ya se creía difunto. .

A las ocho los ruidos fueron cesando, muchas hogueras se apagaron y entró la paz en el campamento. Chava y yo habíamos quedado en escaparnos separadamente, para reunirnos en San Bartolo, debiendo, el primero que llegara, aguardar al otro.

Yo fingía dormir y hasta roncar cerca de la *Coyota*, que envuelto en su zarape gris con el nombre del soldado y del batallón y compañía á que pertenecía, hechos de estambre rojo, descansaba resoplando como un fuelle en los ratos que no lanzaba ronquidos que parecían relinchar de caballos, bramar de becerros, piar de pájaros y aullar de lobos.

Cubierto hasta los ojos con la frazada, veía el reverberar de la hoguera cercana, y pasando junto á ella, en vaivén incesante, á una cáfila enorme de perros, de esos perros vagabundos que marchan con todas las agrupaciones de soldados, de seguro porque abrigan la esperanza de encontrar en tal compañía, carne fresca que devorar.

Había todas las castas y variedades del viejo *ixcuintle* mexicano. El perro amarillento, de flancos blancuzcos y patas con uñas encorvadas, que meditabundo y dócil aguarda con la cabeza gacha, la cola caída, los ojos vetea-

dos de encarnado, las costillas y las vértebras salientes, el trozo de asquerosa pitanza con que ha de matar su hambre atrasada. El *techiche*, pelón, como afeitado á navaja, con las orejas en asa de los criminales, los ojuelos redondos y



el cuerpo gordo de canónigo goloso ó de usurero implacable, caminando con estudiada compoqstura, como de quien sabe lo que vale su piel para el alivio de la reuma. El horroroso can que ha resultado del cruzamiento del de anas con las castas nacionales, con su peinado botticesco, sus patas con zapatos á lo mosquetero y su piel sucia en que hallan guarida los insectos y abrigo la mugre. El mastín de las haciendas, de piel lustrosa, dientes blancos y ojos de pupila rojiza como nos figuramos que han de ser los de los asesinos. Y todos esos animales, iban, venían, se entrechocaban, se olían, se lamían, se mordían y acababan por lanzarse á guisa de reto ladridos de encono. Ora parecía objeto de sus disputas una perra pinta de

negro y blanco á la que se acercaba un perrillo galante que no le llegaba al rabo y que era acometido por un mapache que se le plantaba enfrente dándole una soberbia dentellada; ya un chucho alegre que se tumbaba en medio de los combatientes, mordía á un grandullón, éste empujaba á un tercero, el tercero derribaba á un cuarto, y así hasta parecer aquello la venta de los manteos.

De repente uno encontraba, desenterrándolo de un montón de basura, un hueso con tal cual esquirra de carne, y despreciando á la hembra y al decoro, allá se marchaba toda la cuadrilla, lanzando aullidos de rabia contra el que había sabido conquistar tan buena presa. Entre tanto, el afortunado tenedor de la breva se escapaba perseguido por todos los que no se quedaban escarbando en el basurero con esperanza de hallar algo parecido.

¡Con tal furor disputaban el hueso los animales, que llegaban á parecer hombres!

Cuando juzgué que sería la hora convenida, me levanté poco á poco, dejé el chaquetín, el quepis y el pantalón de reglamento, me fajé á la cintura el zarape, y llevando en la mano un cuchillo de monte y cosido al pecho un par de onzas que constituía mi caudal, empecé mi salida del campamento.

Caminaba lentamente, como quien teme despertar al eco, cuidando de no tropezarme con los grupos de soldados que yacían tendidos en las posiciones más extrava-

gantes: éste que parecía un ovillo, cubierto todo con el poncho; el otro que descansaba trenzado con el fusil; el de más allá que yacía tendido á lo largo, con los brazos en cruz y las piernas abiertas; pero lo más común era los soldados cubiertos de los pies á la cabeza, con una almohada por cabecera y cerca de la vieja, cuyo sexo no podía discernirse siquiera por el calzado, pues tan recios y duros eran sus huarachis como los del hombre.

Creí haber pasado el peligro, pues las hogueras que señalaban el final del campamento quedaban ya muy distantes; pero en eso oí una voz de centinela que gritaba con acento de quien acaba de despertar:

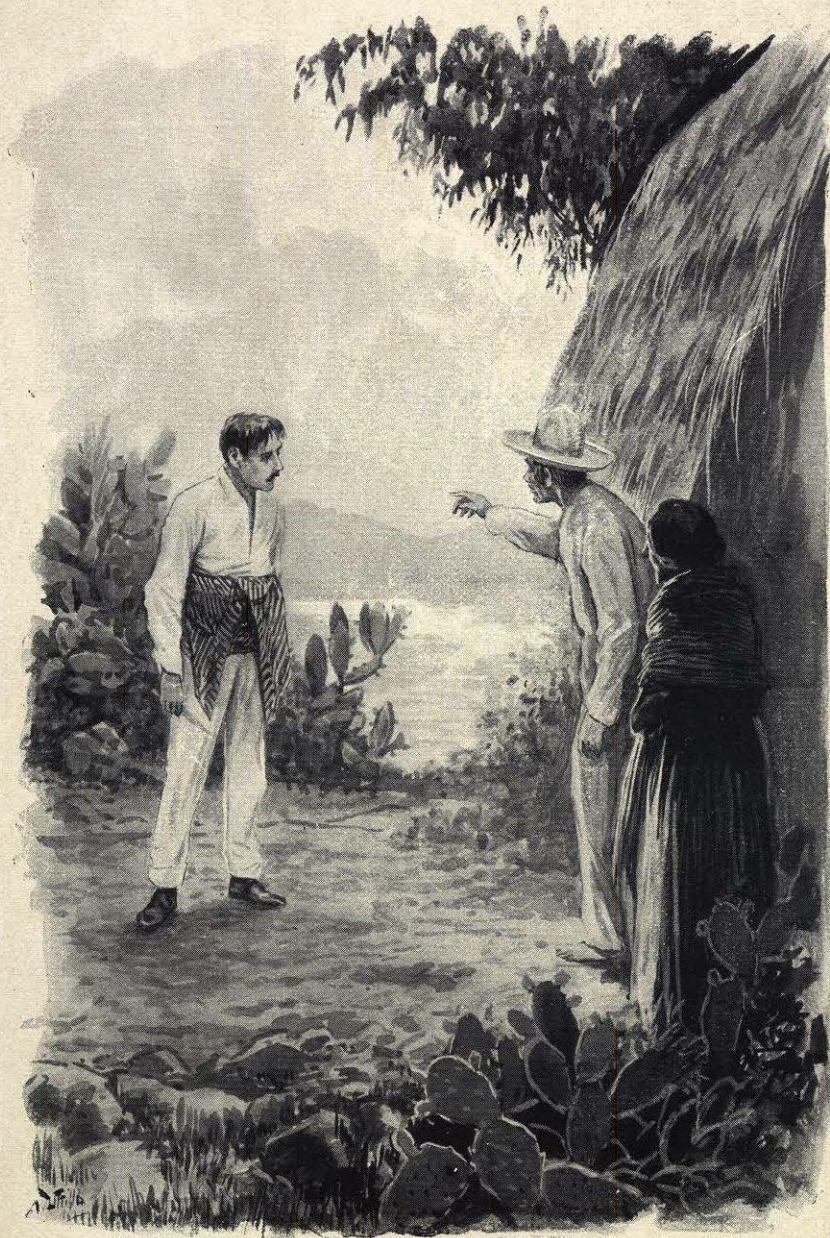
— *¿Quen vive?*

Silencio sepulcral reinó un buen rato, y tras él la misma voz repitió:

— *¿Quen vive?*

En seguida sonó un tiro, luego otro, después se oyeron tropel de caballos y voces de gentes espantadas. Me eché en el suelo y me cubrí á toda prisa; pero nadie alzó la cabeza; sentí que el tropel se alejaba y entonces, alzándome de nuevo, emprendí mi camino, saliendo del campo sin novedad.

Caminé toda la noche y la madrugada me sorprendió en una choza de leñadores antes de pasar el río de Tlalnepantla. El hombre era viejo, encorvado, de cara triste y ademán reposado; la mujer, más fea quizás que su cónyug-



... y la madrugada me sorprendió en una choza de leñadores...

ge, era temblorosa, vacilante y de voz acariciadora. Me recibieron con gusto, me indicaron el camino del pueblo que buscaba y me dejaron á la orilla de San Bartolo sin ninguna novedad.

Recorrí el lugarejo, que tenía fama de estar habitado por los más famosos ladrones del contorno, sin encontrar á mi hombre. La calle única del pueblo era larga, triste, con tantas pulquerías como se necesitaban para que aliviaran su sed los innumerables ensabanados que iban saliendo de los jacales á matar el gusanillo.

Mi presencia dió que decir en el lugar, y luego se comenzó á pensar quién sería yo.

— Ese *claco* no es de aquí, dijo uno que parecía capitanear la turba.

— Es *claco* falso, añadió otro.

— ¡Vaya un *güero pistiojo* desgraciado!

— Seguro que ha de andar oliendo para estornudar.

— Hay que echarle fuera del pueblo.

— Pero antes hay que darle manta.

— Hay que apalearle.

— Hay que echarle al río.

Yo oía aquello marchando á la deshilada, queriendo convertir la pared inmediata en enramada, nube ó biombo que me ocultara; pero los bárbaros aquellos estaban interesados en no dejarme escapar. Uno más osado se adelantó, y con ademán resuelto me dijo:

— Amigo, dispense una palabrita.

Apresuré el paso, y entonces el preguntón se me puso delante:

— Mire que le está hablando... otro más hombre que usted. Párese ó le *jingo* un palo.

Y levantó un tremendo *San Antonio* que traía en la mano.

Resuelto á jugar el todo por el todo, me planté enfrente de aquel guapo; pero al mismo tiempo que oía un coro de silbidos, sentí zumbiar por los oídos media docena de peladillas.

— No te *abras*, Cecilio.

— Pégale á dar.

— ¡Viva San Bartolo!

— ¡Dale firme que tiene cara de muy *rajado*!

Sin oír más comentarios, aticé un soberano bofetón á Cecilio, que alzó primero las manos, tanteó el vacío, trató de cogerse de la pared y al fin cayó en un bache que se hallaba cerca de él.

No me dieron los demás tiempo de defenderme, ni de huir, ni de seguir atacando. Me rodearon con palos guarnecidos con correas en la empuñadura, me acercaron á la cara manos morenas encallecidas en la manquera y el azadón, me *atrinchelarón* contra la pared, y la habría pasado muy mal, si un indio membrudo, fuerte, bronceado, que llevaba á la espalda un huacal lleno de pollos y en la

mano un palo ferrado, no se hubiera metido en el grupo.

— ¡No se lo coman crudo, malajo!... ¿Qué es eso? ¿Cinuenta contra uno?

Y mientras regañaba, esgrimía el chuzo, deshaciendo



la nube y sacándome sano y salvo del poder de aquellos salvajes.

Era Chava, disfrazado de indio pollero, que acudía puntualmente á la cita.

— Está usted muy mal así, me dijo mi salvador; hay que quitarse esos bigotes y esas *polacas güeras*, porque

tiene que disfrazarse como yo; si no, nadie nos lo va á creer... ¿Con que usted resultó sin novedad? Yo apenas saqué esta heridita de soslayo en el brazo derecho, del segundo tiro que me disparó el maldito centinela.

Y desenvainando navaja, tijeras y humo de ocote, me desfiguró rostro y manos en un momento. A poco llegó con otro huacal y otro otate muy semejantes á los suyos, y nos pusimos en camino pasando por Santiaguito, los Remedios, el Rosario, Santa Catarina y Tacuba, entrando á México por la Teja.



CAPITULO II

La leva

El campo estaba fangoso, pero alegre. Las calzadas, que mostraban aquí y allá huellas de carros, pezuñas y pies, reflejaban en cada bache el follaje opulento de los sauces, antes con su festón de *pachtli*, como viejos que dejaran caer la lengua barba sobre el pecho, y ahora jóvenes, lucientes, tremolando al viento su verdura como inmenso estandarte coronado por el airón de blancas flores que lucía en la cima.

Las acequias, cubiertas antes de *chichicastle*, se llenaban de amplias hojas verdes que hacían el efecto de un tapiz riquísimo en que se hundían los pies.

El camino estaba lleno de vendedores de verdura, de *blanquillos*, de carbón y de aves. Los ingenuos indezuelos hablaban entre sí en su lenguaje entreverado de palabras